

y á oídos de D. Andrés llegaron ciertas voces un tanto ofensivas para su huésped, con cuyo motivo la murmuración hizo lo que el amor no se atrevía á intentar.

El Sr. de Torrejón llamó un día á Cecilia, la habló de María, de la necesidad de crearla un porvenir, de los peligros á que podían exponerla á ella misma su juventud y su hermosura, y acabó por ofrecerla su nombre, viendo en él más que al esposo un desinteresado protector.

No podía aspirar á otra cosa dada su edad, y verdaderamente el pensamiento que le movió á dar aquel paso era noblemente desinteresado.

Cecilia pidió tiempo para reflexionar; pero pronto pensó que si ella moría, su pobre hija quedaría en la miseria, sola, sin padre y sin protector; recordó los beneficios de D. Andrés, que era tan bueno y tan honrado... y aceptó su oferta.

Un mes después se verificaba la boda de D. Andrés Torrejón con la forastera, y desplegó tal esplendidez, que además de las fiestas que se celebraron en la villa, fueron socorridos por él todos los pobres de la comarca.

## V

El tiempo pasaba, María crecía en años y hermosura, y Antonio era un guapo muchacho, que la amaba con delirio. Cecilia era para D. Andrés á la vez esposa é hija, y la felicidad habría sido completa en aquella familia de ser otra la situación de nuestra amada España.

A la ligera, y para no fatigar á los lectores, vamos á trazar el cuadro de aquellos tristes años.

Después de la muerte en el patíbulo del rey de Francia Luis XVI, el monarca español Carlos IV, deseando vengar la muerte del infortunado monarca que pagó las culpas de sus antecesores, entró en la coalición que formaron las naciones regidas por gobiernos monárquicos para declarar la guerra á la República francesa; y si bien es cierto que el

ejército español, unido al alemán y al inglés conquistó á Tolón y luego á Bellegarde, no lo es menos que los franceses se apoderaron de nuestra inexpugnable plaza de Figueras, derrotaron al valeroso conde de la Unión, y siguiendo su victoriosa marcha, rindieron á San Sebastián, Fuenterrabía y Rosas.

Entonces D. Manuel Godoy, que sin otros méritos que el de haber agradado su bella figura á la reina María Luisa, llegó desde guardia de Corps á la más altas dignidades, concluyó un tratado de paz (1795), que le valió los títulos de duque de la Alcudia, gran Almirante y Príncipe de la Paz, por una guerra que su insolencia había provocado; siguiendo á esta paz un tratado de alianza con Francia y una declaración de guerra á Inglaterra, cuya escuadra mandada por el almirante Jérvís, derrotó á la española, perdiendo nosotros la isla de la Trinidad, que tuvimos que ceder á la Gran Bretaña en la llamada Paz de Amiens.

Esto era aún poco por lo visto, y vino luego el célebre Tratado de San Ildefonso, por el cual debíamos ayudar á Francia con quince navíos y 24.000 hombres, quedando destruída nuestra gloriosa armada en Trafalgar, á pesar de los prodigios de valor de Churruca y Gravina, que pelearon como héroes bajo las órdenes del inepto Mr. de Villeneuve.

Poco á poco caía España en las redes que Napoleón, ya Emperador, la iba tendiendo; pues sin reparar en que el rey Fernando de Nápoles era hermano de su aliado nuestro rey Cárlos IV, pretextando que tenía amistad con los ingleses, le despojó del trono para dárselo á su hermano José Bonaparte.

Trás el destronamiento de Fernando de Nápoles, intentó Napoleón el de la reina de Etruria, hija de Cárlos IV; y para evitarlo, tuvo que enviar España á Italia al general O'Farrill con 5.000 hombres, logrando así el emperador Napoleón Bonaparte ir desmembrando nuestros ejércitos.



Necesitando dinero para sus nuevas campañas, se dirigió al agente secreto que Godoy tenía en París, D. Eugenio Izquierdo, y obtuvo de él veinticuatro millones de francos, que fueron tomados de la Caja de Amortización de Madrid.

Más tarde logró que España cerrase sus puertos á los barcos ingleses, y que decomisara sus artículos de comercio.

Dijose que en sus negociaciones con Rusia, habló al Czar de sus miras sobre España, y que contando con Godoy, decidió entrar en tratos; tratos que él ya le había propuesto con el príncipe de Asturias, luego Fernando VII, quien le había pedido en matrimonio una princesa de su familia.

Godoy, siguiendo las indicaciones de Napoleón, quiso obligar á Portugal á que entrase en la coalición contra la Gran Bretaña, ideada por Bonaparte, confiscando los bienes y prendiendo á los súbditos ingleses que se hallaban en Portugal.

En vano ofreció el Regente cerrar los puertos á Inglaterra: Napoleón soñaba con la conquista de Portugal, así como con la de España, para llegar á la monarquía universal que era su idea fija, y con los 80.000 quintos que había pedido á Francia, decretó la invasión de Portugal.

Creen algunos historiadores que Napoleón no fué extraño á la llamada Causa del Escorial, formada por el rey Carlos IV á su hijo Fernando acusándole de haber abrigado el horrible designio de querer destronarle y atentar á la vida de su madre, por más que amenazó á Godoy con su rencor si por cualquier concepto se mezclaba en el proceso su nombre ó el de su embajador Beauharnais.

Por último, nos obligó á tener prontas las tropas que debían entrar con las francesas en Portugal, y el 19 de Noviembre de 1807, reunidas las fuerzas españolas del general Carrafa con las del mariscal Junot, penetraron en el vecino reino lusitano.

En tanto que ésto ocurría en Portugal, Napoleón pasaba

á Italia y destronaba á la reina de Etruria con la aprobación de su mismo padre el rey Cárlos IV.

El 19 de Marzo de 1808, ocurrió el famoso motín de Aranjuez, promovido por el príncipe Fernando; motín que dió por resultado la caída de su padre el rey Cárlos IV, la prisión de Godoy y la elevación al trono del Príncipe de Asturias

El 23 del mismo mes, se verificó la entrada en Madrid del ejército francés mandado por Murat, con la misión aparente de dirigirse á Portugal y la verdadera de ocupar la capital de España, mientras que otros diversos cuerpos de ejército se situaban: Dupont con 25.000 mil hombres en Toledo, Moncey con 32.000 en Vitoria, Burgos y Aranda, Merle con 7.000 en Pamplona y Chavran y Schwartz con 12.000 en Barcelona.

Con halagos y traiciones logró Napoleón llevar á Bayona, primero al ya entonces rey Fernando VII, después á los príncipes, y por último á Cárlos IV, María Luisa y Godoy.

Su intento era dejar huérfana á la nación de reyes y de príncipes, con el fin de apoderarse de ella é imponer su voluntad.

## VI

El alcalde de Móstoles, cargo que debía al respeto y cariño de todos los habitantes del pueblo el noble D. Andrés Torrejón, patriota insigne, no podía vivir ni sosegar recordando todos los sucesos que dejamos narrados, y pensando en la suerte que aguardaba á su querida patria, invadida á traición por los ejércitos imperiales.

Su gran amigo D. Juan Pérez Villaamil, secretario del Almirantazgo, encontrábase á la sazón en Móstoles, en cuya villa poseía alguna hacienda, que al morir legó á la Universidad de Oviedo para el sostenimiento de una cátedra de VERA RELIGIONE; y de acuerdo con él, y ansioso de saber





lo que hubiera de verdad en las diversas y contradictorias noticias que circulaban sobre un próximo alzamiento contra los soldados bonapartistas, decidió enviar á Madrid á su sobrino Antonio y al joven Hernández, hijo del segundo alcalde D. Simón, el día 1.º de Mayo, aprovechando la coyuntura de ser domingo.

Al llegar á la capital, fueron á parar al bodegón de su amigo Perico el Zurdo, uno de los manolos más exaltados, en unión del cual y de varios chisperos y curtidores, tomaron parte en la silba que el pueblo había dado aquella mañana al gran duque de Berg, el generalismo Joaquin Murat; silba que él juró vengar de una manera sangrienta, ya que era la única que había recibido en su vida.

Nuestros dos jóvenes comprendieron que la silba de los manolos á Murat en la Puerta del Sol, cuando el generalísimo iba con su lujoso Estado Mayor á pasar en el Prado una de las acostumbradas revistas con que pensaba imponerse y asustar á los madrileños, no era más que el prólogo de nuevos y terribles acontecimientos; y no quisieron regresar á Móstoles sin tomar parte activa en ellos.

Eran jóvenes, amantes de su patria, estaban indignados contra los franceses, y era natural que quisieran contribuir al combate que todos preveían.

Al tornar á la villa de Móstoles, herido Antonio aunque no de gravedad, y sano y salvo el joven Hernández, hicieron al Sr. de Torrejón, á su familia y amigos, un minucioso relato de cuanto habían visto.

## VII

—La noche del día 1.º de Mayo—dijo Antonio—el bodegón de nuestro amigo Perico el Zurdo y de su mujer Paca la Morena, estaba lleno de gente.

Una de las mesas cercana al mostrador, la ocupaba el abate D. Félix Manzanilla, hombre muy popular entre los

manolos, con sus amigos el erudito D. Zoilo, el petímetro D. Serafín Primoroso y el peluquero Bergamota.

En otra mesa estábamos nosotros, con varios compañeros de Perico, un gallofo, un paje, un maulero vecino de la calle de Embajadores, un lacayo, un mozo de compra y un carbonero establecido en la Rivera de Curtidores.

Paca entonaba entre vítores y aplausos, acompañándose con la guitarra, la popular canción patriótica que decía así:

Cuando el rey D. Fernando, «Larená»,  
Va á la Florida, «Juana y Manuela»  
Va á la Florida, «Prenda»  
Hasta los parjaritos, «Larená»  
Le dicen ¡viva! «Juana y Manuela»  
Le dicen ¡viva! «Prenda».

—Paca—exclamó el señor Abate—manola la más retrechera de todas las manolas de Madrid, toma este abanico del «Serenó» que te he comprado para que lo luzcas mañana en los toros, con permiso del Zurdo. Míralo bien, tiene pintada una maja con los versos del «Serenó»:

«Duerme gachona mía,  
duérmete sin recelo,  
que són las once y cuarto  
y está raso y Sereno.»

—¡Ay que bonito!... Pero, sí; buen día de toros nos espera mañana con la silba á los franchutes, que juran y perjuran que se la hemos de pagar...; y yo, mujer soy, pero estoy dispuesta á bailar sobre sus costillas el villancico del «Sordo y la coja.»

—La verdad es que su insolencia raya en demasía—dijo el Abate.

—Pues que nos busquen la lengua, y ya verán—exclamó el peluquero.

—¿Te atreverías con ellos, Bergamota?—preguntó el erudito D. Zoilo.



—¿Pues no me atrevo yo?—cuanto ni menos él—contestó la Paca.

—Tú, es diferente—replicó el Abate—pues me han contado que ayer descalabraste á uno... ¿Es cierto?

—Me insultó y le puse por bonete el tostador de las castañas.

—No creais que les tengo miedo—dijo el peluquero.

—Y la silba ha sido de rechupete—añadió el señor Abate.

—Que se fastidien y vuelvan por otra—dijo el petímetro.

—Lo que yo digo: cada cual que se rasque donde le pique—exclamó la Morena, torciendo la boca.

En nuestra mesa versaba también la conversación sobre el suceso de la mañana.

—¿Tú serías de los silbantes?—preguntó el Zurdo al gallofo.

—Con las dos manos metidas en la boca hasta el gañote, y aún me parecía poco—le contestó.

Yo llevaba un silbato de los de San Isidro—dijo el paje—niño de algunos doce años, muy acicalado—y no cesé de soplar hasta que se perdieron de vista los gabachos.

—¡Vaya una cara que puso el «Berzas»—exclamó el lacayo.

—A ese franchute—añadió el mozo de compra—le he de abrir yo en la frente una tronera para que eche por ella las asaduras.

—Mejor será sacarle el redaño, que debe ser más negro que la pez—dijo el carbonero.

—Es un desgalichao, más blanco que el aguardiente—añadió el maulero.

—Si las «cuestiones» se arreglaran á navajazos...—replicó el gallofo.

—¿Tienes navaja?—preguntó el Zurdo.

—Y flamante, de la mismita calle de Cuchilleros: sólo falta bautizarla con sangre de esos herejes...

—Pues si mañana, como dicen por ahí, se llevan esos fan-

tasmones á los príncipes, te juro sin que sea baladronada, que la has de bautizar—exclamó el Zurdo.—¿Crees tú rapáz que serán capaces de llevárselos?—añadió dirigiéndose al pajecito.

—Al volver de palacio, así lo ha dicho mi amo—contestó el niño.

—¡Serán canallas!—replicó el gallofo.

—¡Mañana!—exclamó el Zurdo.—Eso lo veremos.

Dando un fuerte golpe sobre la mesa, se levantó resueltamente, y dirigiéndose á D. Félix, le dijo:

—¿Qué le parece á su mercé, señor Abate que debemos hacer, si mañana se llevan á los príncipes á Francia?

Todos prestamos la mayor atención á la respuesta de D. Félix.

—No se atreverán á tanto—dijo el erudito.

—Pues yo creo que sí—replicó el peluquero—porque lo he oído en varias casas.

—Si así fuera, si se los llevan—contestó el Abate—será preciso estorbarlo á toda costa.

—¿Y de qué modo?—preguntó el erudito.

—Carecemos de armas—añadió el petímetro.

—¿Acaso no las tienen los soldados?—insinuó el Zurdo.

—Sí; pero les han dado órdenes terminantes de no salir de los cuarteles—dijo D. Zoilo.

—Son españoles; si no todos, algunos saldrán—exclamó el Abate.

—Y si no salen...—dijo la Paca—con el paisanaje basta y sobra.

—En la calle hay «almendras»—exclamó el pajecito.

—¿Quiéres convidar á los franceses?—preguntó el erudito.

—Piedras, he dicho.

—¿Piedras?—exclamó el señor Abate.

—¡Ah! buen hijo!

—En la duda, yo he afilado mi navaja—dijo el Zurdo.

—Y yo mi cuchillo—añadió el maulero.



—Y yo el mío—exclamaron los otros.

—Pero los franceses tienen cañones, y los cañones no se ganan á navajazos—dijo D. Zoilo.

—¿Por qué no?—contestó la Paca.—Para ganarlos es preciso acercarse á ellos, y para acercarse, lo mejor es un corazón grande y un arma pequeña.

—¡Viva la Paca!—gritamos todos llenos de entusiasmo.

—¡Qué mujer tan «salitrada»!—dijo el Zurdo.

—¿Serás capáz de salir á la calle?...

—¿A descalabrar franceses? ¡Ya lo creo! Tan capáz como la primera.

—Poco ha de vivir el que no lo vea—contestó el Zurdo.

Con estas y otras conversaciones parecidas, puede decirse que pasamos la noche en claro. Nadie pensaba en dormir. Todos deseábamos pelear.

Recordábase que el pueblo madrileño había llegado á hartarse de la insolencia de Murat y de sus continuadas revistas; del orgullo de los soldados napoleónicos; de las repetidas luchas entre los imperialistas, y los manolos en las calles y en la Plaza Mayor, en la plazuela de la Cebada con las vendedoras, en Carabanchel con motivo de una función del pueblo; y hasta en las mismas iglesias, que los fieles abandonaban cuando los veían entrar en ellas con sus ruidosos tambores.

## VIII

Desde las primeras horas del memorable 2 de Mayo acudió el pueblo á las puertas del Palacio Real delante de las cuales había preparados tres coches de camino.

Súpose que la tarde anterior, el gran duque de Berg había oficiado á la Junta encargada de gobernar á España, á fin de que se dispusieran á salir para Francia la reina de Etruria, sus hijos y el infante D. Francisco.

Contra lo que esperaban los buenos patriotas, la Junta no

solo accedió á ésta petición, sino que ofreció que las tropas españolas reprimirían cualquier motín, que dada la silba de la mañana, era muy de temer.

Aunque la actitud de los madrileños era amenazadora, Murat, para sofocar cualquier desmán, contaba entre Madrid y los cantones con más de 60.000 mil hombres, considerados como los primeros soldados del mundo.

Prosiguiendo su relato el sobrino del Sr. de Torrejón, dijo:

—Fuimos de los primeros en llegar á las puertas de palacio, formando un numeroso grupo que capitaneaban el Zurdo y la Morena, y poco á poco llegaron otros varios amigos y conocidos.

—El primer coche—dijo el gallofo, procurando mirar al interior de palacio—es pá la reina de la «Trusca»... pá esa desgalichá que no tié á menos tratar con los gabachos.

—Sí—contestó la Paca.—Y el otro será pá el infané don Antonio.

—¿Pá el presidente de la Junta?—preguntó el carbonero.

—¡Eso será! pero ¿y el otro?

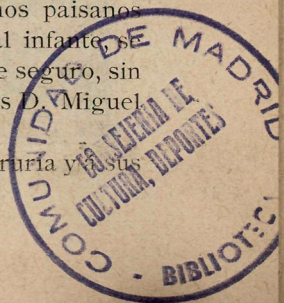
En esto salió de palacio un palafrenero, conocido de nuestro lacayo, y nos refirió que el tercer coche era para el infante D. Francisco, á quien trataban de llevarse á la fuerza, amenazándole con darle azotes, por que el pobrecito niño no quería abandonar á sus queridos madrileños.

El Zurdo trasmitió la noticia á todos los grupos.

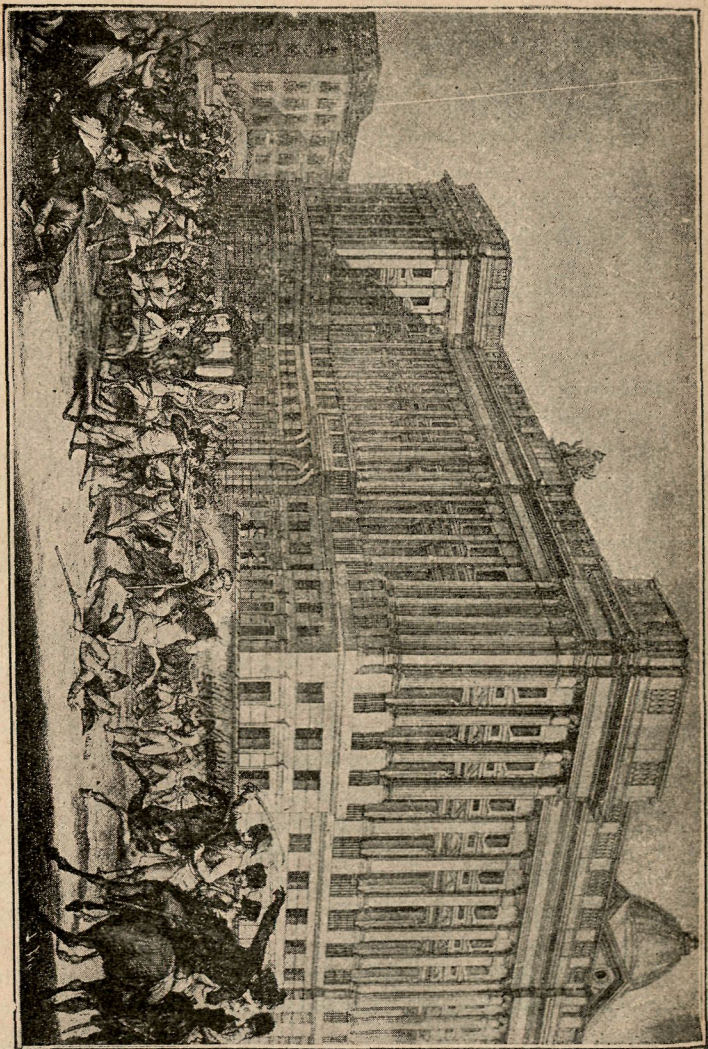
Las mujeres comenzaron á llorar y los hombres á enfurecerse.

Aparece el ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange, á informarse de la actitud del pueblo, y algunos paisanos suponiendo qu iba para obligar á marchar al infante, arrojaron sobre él, y le habrían despedazado de seguro, sin la protección del oficial de Guardias Españolas D. Miguel Florez.

Partió el coche que conducía á la reina de Etruria y sus

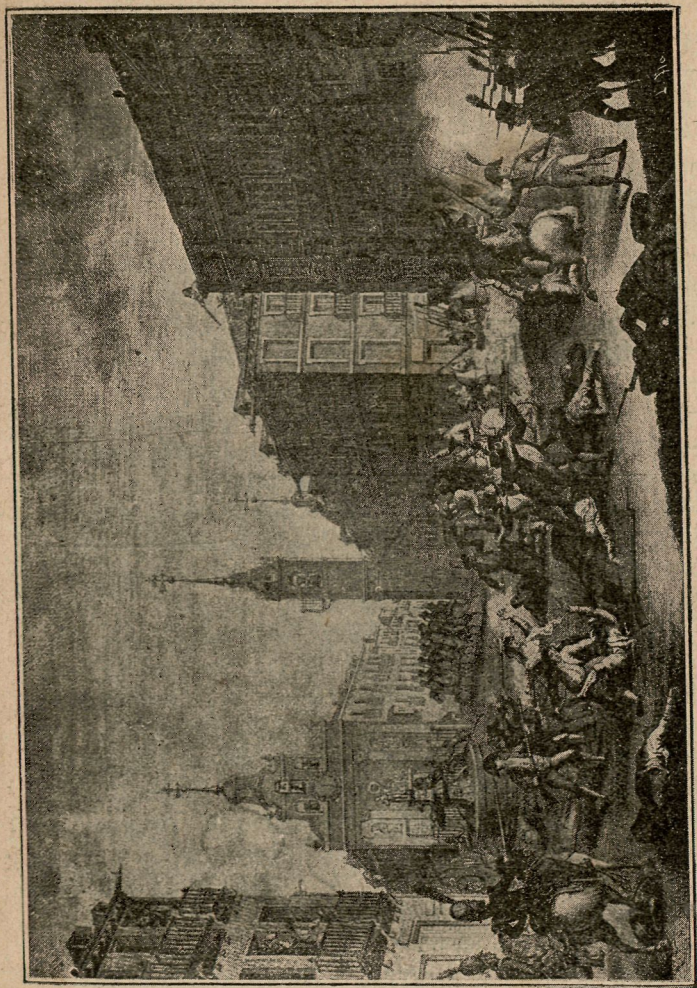






PROVOCAN LOS FRANCÉSES LA IRA DEL PUEBLO  
(Facsímile de una estampa de la época).





PELEAN LOS PATRIOTAS CON LOS FRANCESES EN LA PUERTA DEL SOL.  
(Fac-símile de una estampa de la época.)



hijos, y el pueblo los vió partir con la mayor indiferencia.

De pronto observamos gran movimiento y agitación en el interior del palacio.

—¿Qué pasa?—preguntó la Paca.

—No sé—respondió el Zurdo, empinándose sobre la punta de los piés.

—A ver tú, pequeño, dí lo que sucede—exclamó el lacayo cogiendo al pajecito y aupándole para que pudiera ver lo que ocurría.

—Se vé á la gente ir y venir: y parece que arrastran á alguien... sí, eso es... empujan á un niño, que se resiste... ¡Pobrecito!

—¿Será el infante?—gritó el Zurdo.

—Creo que sí.

—¡Madrileños! que se llevan al infante—gritó la Paca con toda la fuerza de sus pulmones, no pudiendo contener la indignación que se apoderó de su ánimo.

Al oirla, nos arrojamos todos sobre los coches, cortamos los tiros, y nos opusimos á la marcha del infante.

Pero en aquel supremo momento, sonó una horrorosa descarga y el suelo se cubrió de cadáveres.

Un batallón francés con dos piezas de artillería, que Murat enviaba para proteger la salida de los infantes; sin previo aviso, de la manera más cruel é inhumana, disparó contra el pueblo indefenso.

Sorprendidos los grupos, todos pensamos en buscar las armas de que carecíamos... pero ¿dónde hallarlas?

De todas las bocas salieron gritos como éstos:

—¡Vecinos, á armarse!

—¡Mueran los franceses!

—¡Viva Fernando VII!

—¡Guerra á los traidores!

—¡Huye, Paca, sálvate!—gritó el Zurdo abriendo su navaja.—¡Y nosotros amigos, á la Puerta del Sol!

La lucha comenzó... El viejo trabuco, la navaja, el chuzo,

la pistola, el retaco, la escopeta, el cuchillo, el garrote, la piedra... todo se empleó en aquellos terribles instantes.

El pueblo no perdonaba al francés que hallaba al paso; sobre todo á los mamelucos, á quienes por su extraño traje consideraba herejes, gozando al pensar que mataban de un solo golpe á un moro y á un francés.

Los grupos se rehicieron en la Puerta del Sol, y engrosados por los paisanos, que de todas partes acudían, rechazaron á los imperiales en las calles de la Montera, Alcalá, Carrera de San Jerónimo, Carretas y Mayor.

Hombres, mujeres, niños, clérigos, seglares y algunos soldados que se escaparon de los cuarteles, todos combatían como héroes. ¡Pero no teníamos municiones, ni un mal jefe!... Se mataba, se vencía... pero sin resultado.

Murat resolvió emplear los cañones y mandó que la artillería, que tenía emboscada en el Retiro, avanzase por las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, protegida por la caballería de la Guardia imperial.

Entonces comenzó una lucha á muerte.

Los paisanos se lanzaron á tomar los cañones á navajazos....

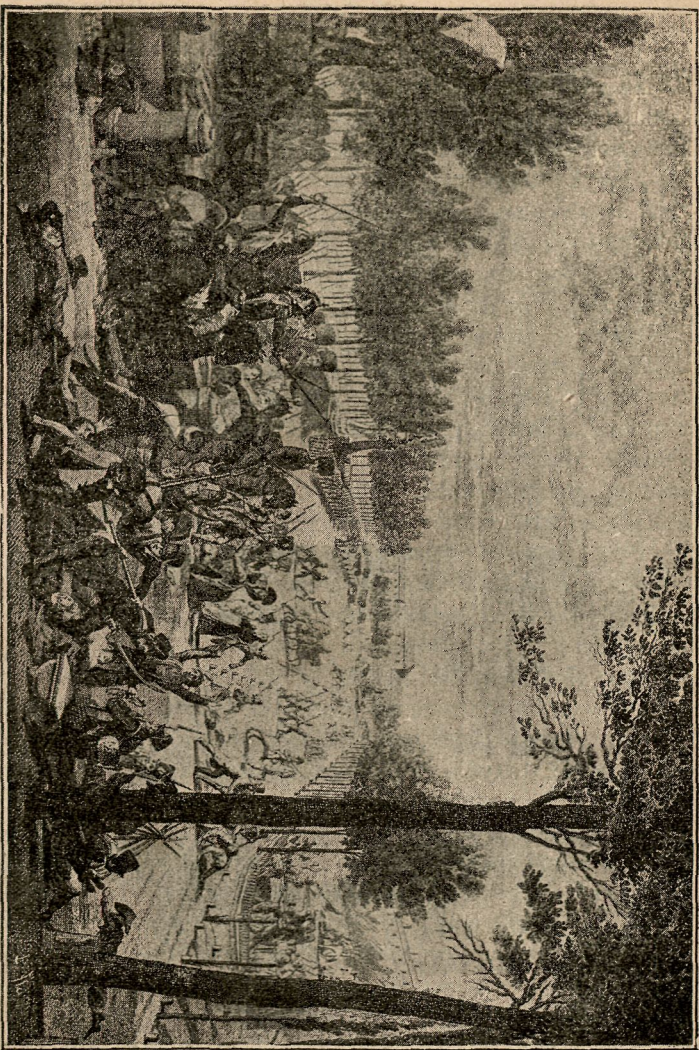
Unos saltaban á la grupa de los caballos y clavaban sus cuchillos en el cuello de los ginetes...

Otros, se deslizaban por entre las patas de los caballos y les hundían la navaja en el vientre, rodando por el suelo el caballo, el jinete y el paisano.

Los vecinos disparaban desde los tejados sus armas, ó lanzaban piedras sobre los soldados; y las mujeres arrojaban por las ventanas y balcones agua hirviendo y toda clase de objetos contundentes.

La infantería y hasta la artillería, disparaban contra las casas para evitar aquel diluvio de proyectiles, llegando los mamelucos y los polacos á asaltar algunas y fusilar á sus moradores en presencia de sus madres, de sus esposas y de sus hijas.

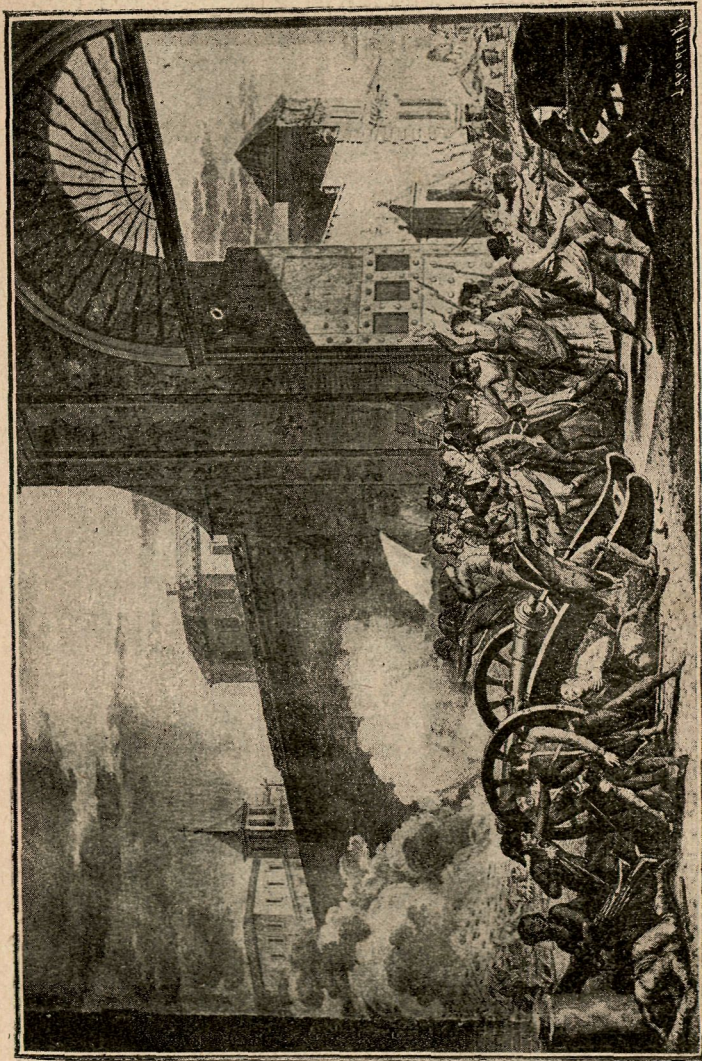




ASESINAN A LOS FRANCÉSES EN EL PRADO

(Faustina de una estampa de la época)



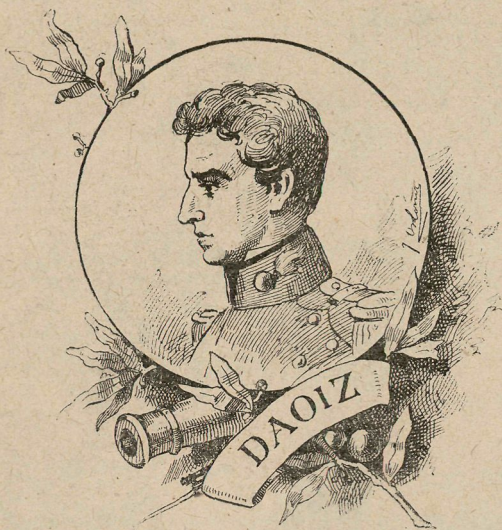


MUEREN DAOÍZ Y VELARDE DEFENDIENDO EL PARQUÉ DE ARTILLERÍA  
(Fac-símilo de una estampa de la época).



Las descargas redoblaron. Los imperiales recibieron nuevos resfuerzos, haciéndose dueños de la Puerta del Sol, obligando al pueblo á retroceder y á desparramarse por las calles adyacentes.

El grupo que capitaneaba el Zurdo, que era en el que combatíamos nosotros, vióse cortado en dos, marchando el uno por las calles de la Montera y de Fuencarral al Parque de Monte León en busca de los cañones que allí había.



En el Parque estaban los capitanes de artillería D. Luis Daoíz y D. Pedro Velarde con un puñado de artilleros, el capitán D. Rafael Goicochea y el teniente D. Jacinto Ruíz, con algunos soldados del regimiento de voluntarios del Estado y paisanos, capitaneados por el abate D. Félix.

Estos bravos militares se habían negado á obedecer la inícuca consigna del general Negrete y de la Junta, ordenándoles auxiliar á los franceses contra el pueblo.